

**ENTREVISTA MARIANO RAJOY EN EL PERIODICO ABC
30 Y 31 DE MAYO 2011**

«La victoria del PP es la más amplia que hemos tenido, pero nada está decidido para las generales»

Aún no se ha instalado en La Moncloa, pero Mariano Rajoy ya ha empezado a cumplir sus promesas. La noche del domingo, mientras miles de españoles celebraban eufóricos el histórico triunfo del Partido Popular en las elecciones autonómicas y municipales, el presidente del PP se comprometió a ponerse a trabajar al día siguiente para recuperar España y su economía. Y en ello está. En su despacho de la séptima planta de la calle Génova, rodeado de informes y obsesionado por que los 8.474.031 millones de sufragios conseguidos el 22 de mayo sirvan para dar «estabilidad, seguridad y certidumbre al país». A cambio de lograrlo, el líder popular está dispuesto a buscar pactos «con todos los partidos salvo con Bildu», frente a un Gobierno socialista que, «por su falta de credibilidad, es incapaz de transmitir confianza dentro y fuera de España» y al que reclama, «como muchos ciudadanos», la disolución de las cámaras y la llamada urgente a las urnas.

—La victoria obtenida por el PP el 22-M es más amplia que la de 1995. ¿Anuncia una victoria también más amplia que las generales de 1996?

—La victoria del PP es la más amplia que hemos tenido nunca. Nos sentimos legítimamente orgullosos de esta victoria. Ahora, ¿esto qué anuncia de cara a las generales? Nos sitúa en buena posición pero, a partir de ahí, vamos a tener que seguir trabajando con enorme intensidad. Recuerdo que en el 99 ganamos las municipales por un punto y, al año siguiente, las generales por diez. En 2007, ganamos también las elecciones municipales por un punto y, al año siguiente, perdimos las generales por cuatro. Por tanto, nada está decidido. Para nosotros, aparte de lo que significa gobernar en muchos ayuntamientos y comunidades autónomas, es un estímulo para seguir trabajando. Y para ofrecer a los españoles una alternativa y convencerles de que este país puede salir adelante porque tiene potencial suficiente para ello.

—La tendencia electoral de las municipales otorga mayoría absoluta al PP. ¿No teme que, ante unas generales, la constatación de este hecho pueda activar el miedo a la derecha y reducir el margen de victoria?

—Yo trabajaré para que no sea así. De lo que se trata es de hacer las cosas bien. Al día siguiente de las elecciones, convoqué al Comité Ejecutivo Nacional de mi partido y ya les dije que teníamos que mantener un comportamiento intachable, que había que ser austeros y reducir el gasto corriente, también ver qué empresas u organismos públicos autonómicos o municipales sobran. Por tanto, lo que les he pedido es que gobiernen bien y que sean conscientes de que somos depositarios de un gran poder y confianza. Desde luego, yo me ocuparé de que estemos todos a la altura de las circunstancias. Del Partido Popular, de sus gobiernos, actitudes y ayuntamientos depende que la gente nos revalide su confianza en las próximas elecciones generales.

—Repasemos algunos resultados concretos. Uno de ellos, el de Francisco Álvarez Cascos en Asturias. ¿Un pacto entre él y el PP supondría una rectificación a la decisión inicial de que no fuera el candidato popular? ¿Cabría incluso una vuelta de Cascos al partido?

—No necesariamente. Cascos no fue candidato porque yo tengo la costumbre de respetar las decisiones que tomen las organizaciones regionales del partido. Incluso en ese momento, él estaba afiliado en Madrid, no en Asturias. Aún es prematuro porque las corporaciones locales se constituyen el 11 de junio y las comunidades autónomas, todavía después. Lo que tengo claro es que el Partido Popular puede hablar con todos, salvo con Bildu, como es perfectamente entendible. A mí lo que más me preocupa de los pactos es que no sean solo

para elegir un alcalde o un presidente de comunidad. Han de ser para que haya estabilidad en las instituciones durante cuatro años, como ocurre en el País Vasco. Lo que España necesita en este momento es estabilidad, seguridad y certidumbre. Sobre la base de que podemos hablar con todos, aunque es verdad que lo más lógico es que lleguemos a acuerdos con los que son más próximos a nosotros, necesitamos dar estabilidad, seguridad y certidumbre a las instituciones; que todos los gobiernos que se constituyan sean para cuatro años, porque lo peor para España en este momento es la inestabilidad institucional. Podemos hablar con Cascos, y con cualquiera. Pero no hay nada cerrado. Ni siquiera hay nada abierto en este momento.

Me ocuparé de que todos los que han ganado estén a la altura de las circunstancias

—Los buenos resultados de Madrid, ¿cree que le refuerzan a usted?

—Los resultados en Madrid son muy buenos, pero lo son en toda España. En Madrid podemos alcanzar alcaldías importantes como Alcorcón o Getafe. En Torrejón hemos tenido magnífico resultado. Y en Collado Villalba, donde nunca ha gobernado la derecha. Los resultados de Madrid son un espaldarazo para todo el partido, que ha trabajado muy bien, que se ha tomado las cosas en serio y que es visto por mucha gente, en este caso por muchos madrileños, como un partido en el que se puede confiar. Por eso estoy muy contento con los resultados que hemos obtenido.

—El País Vasco vuelve a ser mayoritariamente nacionalista por la irrupción de Bildu. ¿Cómo puede acabar la experiencia de gobierno de Patxi López?

—En su día, nosotros dijimos que queríamos un acuerdo para cuatro años que diera estabilidad a las instituciones, y nuestra voluntad es mantenerlo. Lo peor que se podría hacer en este momento es plantear un cambio en el Gobierno Vasco. A partir de ahí, es verdad que los nacionalistas suman más votos, pero también lo es que suele ocurrir en este tipo de convocatorias electorales. No en las generales: la suma de PP y PSOE da muchos más diputados que los partidos nacionalistas. Lo que hay que hacer ahora en cualquier caso es afrontar el futuro del País Vasco, y a mí me gustaría decir dos cosas. Tal y como han quedado configuradas las instituciones tras la votación de los ciudadanos, lo mejor sería un acuerdo entre el Partido Socialista, el Partido Nacionalista Vasco y el Partido Popular, y así lo ha propuesto el presidente del Partido Popular en el País Vasco. Tenemos que hablar de la diputación de Guipúzcoa, del ayuntamiento de San Sebastián, de la diputación de Álava... Sería lo más razonable en este momento: pienso que daría estabilidad, seguridad y confianza un acuerdo entre esos tres partidos. Lo segundo que hay que hacer es estar atento a la evolución de Bildu porque, a pesar de lo que ha dicho el Tribunal Constitucional, la legislación que hemos aprobado entre el PSOE y el PP aún permite plantear otras actuaciones si se demostrara inequívocamente su apoyo al terrorismo de ETA.

—¿Se esperaban mejores resultados en Valencia? ¿Puede que la ciudadanía haya querido mandar algún mensaje?

—Llevamos muchos años gobernando en Valencia y, en esta ocasión, hemos tenido un diputado autonómico más y hemos ganado plazas muy emblemáticas como Elche —la tercera ciudad de la comunidad, donde gobernaba la izquierda desde 1979— o Gandía. Eso quiere decir que la gente estaba satisfecha y que, en el balance entre lo que le podía parecer bueno y malo, había más cosas buenas que malas. Por eso ha apoyado al PP. Es el balance que hago. A partir de ahí, tenemos que hacer las cosas mucho mejor. Resultados como el de Rita Barberá, alcaldesa desde el 91 y que veintiún años después consigue 20 de 33 escaños, son para estar legítimamente orgulloso. Pero como le decía al principio, esto tiene que ser un estímulo para hacer las cosas mejor.

—Su ciudad, Pontevedra, ha vuelto a escaparse al PP. ¿El efecto Mariano Rajoy no funciona allí?

—Mi ciudad natal es Santiago, donde sí hemos ganado. Pontevedra es la ciudad donde he vivido buena parte de mi vida. Siempre que me presenté allí a las elecciones —unas municipales y varias generales—, los resultados fueron francamente satisfactorios. Es una plaza difícil, sólo un partido tuvo mayoría absoluta en 1983, y fue el PP. Las coaliciones nos han dejado fuera durante muchos años y ahora ha vuelto a suceder a pesar del magnífico trabajo de nuestro candidato, Telmo Martín.

Lo mejor para Zapatero, su partido y los españoles sería que convocase las urnas

—Su apuesta por una línea tranquila se ha traducido en una gran cosecha de votos. Y en la hora del éxito, todo el mundo dice ser «marianista». Usted tuvo que sortear un pulso durísimo dentro de su propio partido. ¿Había más enemigos dentro que fuera?

—Sobre la línea tranquila, quiero decir que yo soy como soy. Lo que no puede nadie es pretender ser lo que no es. Yo no estoy en política para entretener ni para dar espectáculo. Estoy en política para intentar llevar adelante un proyecto político, para gobernar con seguridad y para hacer todo lo posible a efectos de resolver las inquietudes de la gente. Para eso estoy. Eso no significa que, como algunos llegaron a decir, no defienda mis posiciones. Las posiciones se pueden defender sin alharacas, ¿no? En este sentido, me he visto inmensamente cómodo en esta campaña. No he respondido a la catarata de descalificaciones que recibí por parte de algunos de mis adversarios políticos, entre otras cosas porque no sirve absolutamente para nada. Pretendo seguir en la misma línea en el futuro. En este momento, España no necesita ruido, sino seriedad, justicia y eficacia en la gestión de los asuntos públicos.

—Es sabido que en el PP conviven sensibilidades muy dispares, desde una derecha más conservadora hasta otra más centrista y liberal. ¿Cómo se logra administrar ese partido con tanta diversidad y sensibilidades políticas? Más difícil habrá de ser aún estando en la oposición.

—En las últimas elecciones generales merecimos la confianza de más de diez millones de españoles. Nos vota gente de sensibilidades diferentes y nos votan por razones distintas. Hay personas que, en unas elecciones, votan al PP, y en otras, a otro partido. El voto prisionero del que hablan algunos no es real. Se ha visto en estas elecciones con meridiana claridad. Ahora bien, en el PP existen unos principios que nos unen y que nadie discute. El Partido Popular cree en España como nación y en el estado de las autonomías. El Partido Popular apoya la Constitución española; el PP afirma que, cuanto mayores cotas de libertad, mejor; el Partido Popular cree en la igualdad de derechos y de oportunidades, y en la igualdad de los deberes y las obligaciones de todos los españoles. Y nuestro partido apuesta por el Estado del bienestar tal y como está concebido hoy, con la educación, la sanidad y el sistema público de pensiones. A partir de ahí, puede haber diferencias sobre temas de fondo, de estrategia y de táctica, pero la función de un presidente de partido es tener la inteligencia y la habilidad suficientes para interpretar en cada momento lo que debe hacerse. Como dice, además, en la oposición no es fácil. Sobre todo fue un momento extraordinariamente difícil el que vivimos después de perder las elecciones en 2008. Entonces lo tenía más complicado de lo que puedo tenerlo en el momento presente. No obstante, una persona que pretende gobernar España tiene que enfrentarse a todas las circunstancias; a las fáciles y a las difíciles. Y hay una cosa evidente: lo fácil lo hace cualquiera. Para lo difícil se requiere algo más.

—En el caso Bildu ha mantenido un perfil más bajo que otros compañeros de partido. ¿Por qué lo hizo?

—No. La sentencia del Tribunal Constitucional se conoció la víspera del inicio de la campaña electoral. Estaba en la ciudad extremeña de Jerez de los Caballeros y allí expuse con meridiana claridad mi opinión. Lo que dije es que, naturalmente, respetaba y acataba la sentencia del TC, y de todos los tribunales —malo sería si no entendiéramos que eso debe ser así—, pero añadí que yo estaba en profundo desacuerdo con esa sentencia. Dije también que era un paso atrás en la lucha contra el terrorismo, pero que la batalla tiene sus pasos atrás y

sus pasos adelante y que, desde luego, España iba a ganarla porque el Estado de derecho y la decencia ya no admiten lo contrario. Fue mi posición. Quizá había gente que quería que yo hiciera de Bildu el eje de mi campaña electoral, pero no me parecía oportuno. Desde luego, lo que nadie podrá decir es que yo le hice la campaña electoral a Bildu. Ningún medio de comunicación, ni dirigente político, ni nadie. Volví a hablar de ello en el País Vasco y en Pamplona, porque era lógico, pero no para decir cosas distintas de las que comenté el primer día, que era la posición de mi partido. Por fortuna, en ese asunto no soy sospechoso de nada.

—El PP lleva tiempo lanzando el mensaje de la necesidad de regenerar la vida pública. ¿No habría sido coherente con ello dejar fuera de las candidaturas a políticos implicados en problemas judiciales?

— En estos casos es muy fácil dar consejos y muy difícil adoptar decisiones. En todas las decisiones que yo he tomado sobre esos asuntos he intentado ser justo, hacer lo que yo creía justo. Me puedo equivocar o acertar porque esto no son matemáticas; influyen muchos factores como el comportamiento, la trayectoria o la vida de las personas. La regeneración significa mucho más que eso; significa que las leyes se cumplan, que la justicia funcione con agilidad y sin apariencia de politización, que los órganos reguladores cumplan su misión con independencia, transparencia en la gestión de los intereses de los ciudadanos, austeridad en el manejo del dinero público y rendición de cuentas. No ignoro el malestar hacia la política que existe en estos momentos, solo le puedo decir que con otros gobiernos no era tal y que vamos a hacer una apuesta muy seria para cambiar esa percepción. Hemos vivido unos años de mucha división y mucha propaganda, ahora toca concordia y autenticidad, por ahí también vendrá la regeneración de la vida pública.

Aún se podría actuar contra Bildu si se demostrara su apoyo a ETA

—Enlazando con esto, ¿qué es lo más duro y lo más gratificante de la vida política?

—Lo más gratificante es poder hacer cosas. Una de las que más me han llenado en mi vida fue ver las caras de los habitantes de un pueblo próximo a la frontera de Portugal cuando la Diputación de Pontevedra les puso luz eléctrica, en el 84. Comprobar que puedes lograr cosas que hacen felices a las personas es muy reconfortante. En cuanto a lo peor, la política es dura, te llevas muchos disgustos. Uno cree que se le trata peor de lo que merece y recibe muchas críticas, algunas justas y otras probablemente injustas. También pagas un peaje en tu vida familiar, tienes mucha menos privacidad. Cuando en verano voy a Galicia, tengo que hacer deporte donde no me vea nadie porque, si no, salgo en los programas del corazón. La política es una actividad voluntaria y los que nos dedicamos a ella tenemos que saber que el nivel de exigencia es mucho mayor.

—¿Qué es lo que jamás se le debe perdonar a un político?

—(Lo piensa unos segundos) Engañar a sabiendas a la gente.

Reproche a Zapatero:

«Ha roto por primera vez en la historia el pacto sobre el modelo de Estado»

Las relaciones con Zapatero son correctas, no son malas. Nunca lo han sido personalmente. Las cosas hay que distinguirlas: los dos somos personas educadas, pero hay dos aspectos en la pasada legislatura que tengo que reprocharle. El primero, que rompiera por primera vez en la historia el pacto sobre el modelo de Estado con ocasión del estatuto catalán. Creo que fue un gravísimo error, y así se lo hice ver. Yo tenía experiencia de haber participado en pactos autonómicos con el PSOE en el 92 estando en la oposición y, en el 96, ya en el Gobierno. También debo reprocharle la negociación con ETA en la pasada legislatura, que fue un paso atrás. Esta legislatura, lo que todo el mundo sabe: una muy mala gestión de los intereses económicos de los españoles. Esto es, gastar más de lo que se debía, por encima de las

posibilidades del país; durante mucho tiempo no hacer reformas y negar la crisis, decir que éramos los mejor preparados; anunciar brotes verdes y generar una descomunal desconfianza.

Todos sus asesores le insisten en que todavía es pronto para destapar el programa económico para la España regenerada a la que aspira Rajoy. La experiencia demuestra que no siempre la ciudadanía quiere escuchar la verdad. La palabra sacrificio atrae poco. El presidente del PP tiene claro que la agenda de los próximos años es fundamentalmente económica. Que se centrará en la economía para poder mejorar la vida de los españoles y su alicaída autoestima. Claro que tiene programa en esta materia. Junto con los centenares de propuestas hechas en esta legislatura en el Congreso y siempre rechazadas por Zapatero, el PP de Rajoy tiene preparada toda una batería de medidas para poner en marcha nada más llegar al Gobierno.

—¿Cuál será la primera medida del presidente Mariano Rajoy si llega a La Moncloa?

—Habrá que tomar tres o cuatro, pero la más importante será presentar un amplio paquete de medidas económicas que generen confianza en la sociedad y en los agentes económicos y sociales. Lo primero sería aprobar una ley de estabilidad presupuestaria fijando un techo de gasto y endeudamiento en todas las administraciones, eso es absolutamente prioritario. Lo segundo sería una reforma laboral. Vamos a esperar a ver si termina de una vez, porque no podemos tener una legislación laboral de hace cuarenta años, es una prioridad. La tercera medida sería presentar una ley de emprendedores. España necesita en los próximos años que haya un millón más de emprendedores. No hablo de grandes empresas, que también son muy bien recibidas, sino de gente que cree pequeñas empresas, que tenga una idea y emplee a uno, dos, tres o cuatro trabajadores. La historia demuestra que los países más prósperos son aquellos que tienen más emprendedores.

—Muchos consejeros de Sanidad, en privado, reconocen que nuestro sistema sanitario es insostenible. ¿Cuál es la solución? ¿Renunciar al actual estado de la sanidad universal? ¿El copago, la racionalización?

—Todos los países —y España no es una excepción— pueden tener el Estado del bienestar que les permita su nivel de riqueza. Por eso, el gran objetivo nacional ha de ser el crecimiento económico y la creación de empleo. Si creamos empleo, ahorraremos mucho en seguros de desempleo, que es la partida más importante de los PGE, más de 30.000 millones. Habrá más gente trabajando, pagarán el impuesto de la renta; habrá más gente consumiendo, pagarán IVA e impuestos especiales; habrá empresas con más beneficios, pagarán más por impuesto de sociedades. Por tanto, podremos tener el Estado del bienestar que nos permitan los ingresos del Estado, que son la consecuencia lógica del nivel de crecimiento económico y de empleo que tengamos en el país. Muchos países africanos jamás podrán disfrutar del Estado del bienestar de los países nórdicos, aun cuanto tengan las mismas buenas intenciones.

La historia demuestra que los países más prósperos son los que tienen más emprendedores

España necesita crecer y crear empleo en los próximos años, de ahí todas las políticas destinadas a eso. Para que haya un buen sistema de pensiones tiene que haber cotizantes a la Seguridad Social, que son los que pagan las pensiones. Cuando gobernamos nosotros, el ratio era un pensionista por cada seis nuevos cotizantes. En los años de Zapatero, la relación es un cotizante por cada tres nuevos pensionistas. Podemos tener todos magníficas intenciones, pero, si no hay cotizantes y empleo, no vamos a ninguna parte. El objetivo, por tanto, es crecer y crear empleo. Todos queremos que el sistema sanitario sea universal, público y gratuito, como es ahora, pero a partir de ahora habrá que apretarse el cinturón. Soy partidario de apretarlo en lo superfluo. Lo último sobre lo que deberíamos hacerlo serían las políticas sociales, que son un gran logro que hemos ido mejorando en estos últimos años.

—Al margen de lo que puede hacer el Gobierno con el grave déficit público, España sufre un alarmante endeudamiento en sus empresas privadas, que se aventuraron a pedir más crédito del que podían asumir. Por ahí parece que hay poco margen de maniobra...

—Una cifra del 10% es realmente dramática. Nosotros nos fuimos con un déficit exterior de alrededor del 3%. La deuda se la tienen que devolver las empresa y las familias a los bancos. A su vez, los bancos han pedido ese dinero fuera y también tienen que devolverlo. La única solución a esto es crecer y crear empleo.

—¿Es sostenible la Ley de Dependencia? ¿Será revisada si llega al Gobierno?

—La Ley de Dependencia generó unas expectativas que no se cumplieron, además de mucha propaganda política. Igual que cualquiera, yo aspiro a unas políticas sociales insuperables pero, como le he dicho antes, eso dependerá de cuáles sean las posibilidades económicas de nuestro país. Al final, siempre volvemos a lo mismo.

—¿Qué haría el presidente Rajoy para salvaguardar el uso de la lengua española en Cataluña?

—Me gustaría que lo que se hace en la calle fuera exactamente lo que se hiciera en las administraciones. En las calles de Cataluña, cada uno habla y se entiende en el idioma que estima oportuno, ese problema no existe. Quisiera que en las administraciones autonómicas existiera también la misma normalidad: que todo el mundo pudiera dirigirse y ser tratado en el idioma que prefiriera.

—Desde hace más de dos décadas, millones de españoles venimos lamentando el mercadeo y chantaje de los partidos nacionalistas con el Gobierno central, una situación que ha ahondado los reinos de Taifas. ¿Para cuándo un gran pacto entre los principales partidos que permita evitarlo?

—En esto no voy a hacer demagogias. Es muy fácil decir una cosa y que luego sea imposible llevarla a la práctica. La ley electoral es la regla de juego que nos dimos los españoles en la Transición, la votaron todos. Esa ley permitió gobernar a UCD, al PSOE y al PP; en ocasiones con mayoría absoluta y en ocasiones con acuerdos con otras formaciones. Nosotros gobernamos en 1996 a 11 escaños de la mayoría absoluta pactando. La clave es que los dos grandes partidos estén de acuerdo en determinados temas y que todos los demás sepan que de ahí no nos vamos a mover de ninguna de las maneras.

Por eso me pareció muy grave la ruptura por parte del PSOE de lo que eran los pactos sobre el modelo de Estado. Pero, a partir de ahí, las coaliciones son muy normales en democracia. La clave es hacer pactos públicos, conocidos por el conjunto de la opinión pública, que se presenten a las cortes y que tengan el apoyo. Aunque el señor Zapatero no los quiso en esta legislatura, cuando hay acuerdos así, las cosas funcionan. Otra cosa son las corporaciones locales, donde sí creo que tenemos que hacer algo para garantizar que se cumple efectivamente la voluntad de los ciudadanos y que no se repita el fenómeno bastante usual de que todos los perdedores se unan para evitar que acceda a la alcaldía el candidato elegido mayoritariamente por los ciudadanos.

—Usted ha dicho que pactaría con cualquiera, menos con Bildu. PNV y CiU, sin embargo, están manifiestamente en contra de la propia existencia de España. ¿No sería deseable un gran acuerdo entre los dos grandes partidos nacionales antes que pactar con ellos?

—Tampoco es tan descartable, todas las posibilidades están abiertas en principio, aunque yo sólo lo veo ante una problemática grave. De hecho, se produjo en Alemania durante la legislatura anterior con motivo de una situación muy difícil. Para mí, la regla de oro de la democracia es que haya quien gobierne y una oposición fuerte a ese Gobierno.

—¿Le preocupa la deriva secesionista del País Vasco y Cataluña? ¿Cómo fomentaría el apego a España?

—En las últimas elecciones generales, el partido más votado en Cataluña fue el socialista, y el Partido Popular consiguió unos resultados muy dignos. CiU no se presentó planteando ninguna independencia ni nada parecido. El único partido que se mostró partidario de ella fue Esquerra, y tuvo tres diputados. Solo tres diputados de los cuarenta y tantos de Cataluña planteaban ese programa. Y en el País Vasco ocurrió tres cuartos de lo mismo. Tenemos que hacer un esfuerzo entre todos para defender cada uno aquello en lo que cree. Yo creo en España, en la unidad de España; el nivel de autogobierno actual no lo ha habido en la historia. Existe un límite, que es la Constitución española, y el Tribunal Constitucional, que ha sido muy claro en sus últimas sentencias sobre los estatutos.

—Los analistas especulan ya sobre cómo va a ser su Gobierno. Anticipan una gran vicepresidencia política y otra económica y, luego, un gabinete corto integrado por perfiles muy técnicos. ¿Aciertan?

—Los analistas saben más que yo y, por lo tanto, seguro que aciertan. Le puedo asegurar que, a estas alturas, no le he dedicado ni un minuto a formar Gobierno porque, entre otras cosas, en las elecciones generales tengo todavía cero votos. Mi preocupación ahora es intentar ganar la confianza de la gente trabajando en serio. Solo le puedo decir una cosa: si algún día los españoles quisieran, yo lo que haría sería nombrar el Gobierno con las personas más competentes que encuentre. Ese será el criterio, porque es lo que necesita España y lo sensato.

—En la etapa de Zapatero, hemos visto al presidente animar a los partidos nacionalistas a orillar o esquivar la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el «estatut». Es decir, el jefe del Gobierno animando a la insumisión. ¿Qué va a hacer usted para recuperar la separación de poderes, la independencia y el respeto al poder judicial?

—Por convicción y formación, por historia, conocimientos y estudios, y por demócrata, soy incondicional absoluto de la separación de poderes. Nadie me ha visto ni me verá discutiendo ninguna sentencia de ningún tribunal. Me pueden parecer bien o mal, como ha sucedido recientemente con Bildu, pero mi actitud será siempre de acatamiento y respeto. A partir de ahí, hay cosas que podemos mejorar, y quizá es necesario hacer una reflexión después de treinta años de democracia sobre cómo puede ser el sistema de elección. Sin duda alguna, es algo sobre lo que se puede hablar. La Constitución lo permite en el caso del Consejo General del Poder Judicial. Puede merecer una reflexión, pero lo peor que se puede hacer es estar todo el día en la afirmación de que los tribunales de justicia fallan porque alguien les da órdenes e instrucciones. A mí eso no me gusta.

—Desde el año pasado, cada seis meses hemos asistido a la intervención de un país del euro por la UE y el FMI: Grecia, Irlanda, Portugal... ¿Hay garantía de que no le va a tocar a España; y si así sucediera, apoyaría usted al Gobierno actual para evitarlo?

—Estoy absolutamente convencido de que eso no se va a producir. La situación de España no es la misma que la de esos países a los que se ha referido. España significa el 12% del producto interior bruto europeo y está en una situación mejor. Es verdad que tenemos muchísimas dificultades y que se han hecho muchas cosas que no debiera, pero estoy convencido de que el rescate aquí no se va a producir, aunque el diferencial con el bono alemán de 250-270 puntos básicos no es nada agradable. El Gobierno ha tenido siempre mi apoyo cuando ha hecho cosas que a nosotros nos parecían sensatas y razonables.

En esta legislatura, le hemos apoyado en la lucha contra el terrorismo y en todas las misiones en el exterior, cosa que no ocurrió en la anterior etapa, como es sabido; hemos apoyado la mayoría de las decisiones sobre el sistema financiero, aunque nos parece que han ido muy lentas. Y no les hemos apoyado la última vez, aunque nos hemos abstenido, porque se han

equivocado. A un partido se le puede pedir apoyo o actitud constructiva, pero no que avale aquello que cree malo para España. Si hubiera apoyado los presupuestos, habría sido cómplice de una política que ha dado los resultados que han sido. Yo he advertido que era malo aumentar el déficit y que había que hacer reformas; presentamos una alternativa completa a la reforma laboral, que se aprobó solo con los votos del Gobierno, pero se nos dijo que no teníamos razón. Ahora están hablando de reforma laboral los sindicatos, los empresarios y el propio Gobierno. Siempre hemos actuado con arreglo a lo que hemos creído que era bueno para los intereses generales, pero nadie me puede pedir que apoye una cosa que creo que es mala para España.

«Creo en los consensos fundamentales»

Mariano Rajoy reprochaba en la primera parte de esta entrevista que Zapatero hubiera roto, por primera vez, el pacto sobre el modelo de Estado. El dirigente popular insiste en la necesidad de entenderse con la oposición en los grandes asuntos esenciales para España y asegura que «también hablaría con los partidos, sobre todo con el PSOE, para ver si podemos, al menos en lo que son los grandes temas de Estado, llegar a un entendimiento en todas las instituciones. Creo en los consensos fundamentales, por eso soy un incondicional de lo que se hizo en la Transición».

«Podemos sentar las bases para que haya un crecimiento económico sostenido»

«Es muy difícil saberlo. Hablo con mucha gente con conocimientos de economía mucho mayores que los míos, y ni ellos mismos lo saben. Creo que la próxima legislatura no va a ser fácil para el Gobierno que elijan los españoles ni para la sociedad española. Pero pienso que podemos sentar las bases para que haya un crecimiento sostenido y una creación de empleo razonable, porque esto ya lo hemos vivido en España. En el 96, cuando llegamos al Gobierno, la tasa de paro era del 22%, y cuando nos fuimos en el 2004, estaba ligeramente por debajo del 10%. Es inaceptable que ahora, entre 2004 y 2011, hayamos pasado al 21%. Algo no se ha hecho bien».

«No creo en diecisiete modelos educativos diferentes»

La necesidad de fijar políticas comunes en materia educativa es una de las peticiones que desde ámbitos muy distintos de la sociedad española se viene reclamando. Atender tal sensibilidad con la pluralidad de la España actual es la ecuación que Rajoy se plantea resolver. Al respecto, dice que «no me planteo recuperar la competencia de Educación para el Gobierno nacional; requeriría, entre otras cosas, un referéndum nacional que no tiene sentido. Sí me planteo ser capaces de hacer una legislación básica porque no creo en diecisiete modelos educativos diferentes. Ahí sí que tenemos que avanzar, igual que en mayores niveles de exigencia, eso es muy importante. Y cuanta más libertad demos a los padres para elegir el colegio de sus hijos, mejor. No es fácil ponerlo en marcha, pero merece la pena». En todo caso, insiste el candidato popular en la necesidad de abrir espacios de libertad y de competencia vivificadora en el mundo de la Educación, tan encorsetado por políticas restrictivas de las distintas autonomías. La misma libertad que debe acompañar el uso de los idiomas.

Diez ideas para entender la España de Rajoy

Un amplio paquete de medidas económicas es prioritario

1. Amplio paquete de medidas económicas

Generar confianza en la sociedad y en los agentes económicos. Para ello aprobará un paquete a fin de reactivar la economía.

2. Ley de estabilidad presupuestaria

Fijar un techo de gasto y endeudamiento en todas las administraciones, como paso primero y prioritario.

3. Reforma laboral, adaptada a los tiempos

Mejorar el marco legal en materia laboral es algo prioritario. «No podemos tener una legislación laboral de hace 40 años».

4. Políticas para crear empleo

«España necesita crecer y crear empleo, de ahí que todas nuestras políticas estarán destinadas a ese objetivo».

5. Evitar lo superfluo en las políticas sociales

«Las políticas sociales son un gran logro, que hemos ido mejorando. Deberemos apretarnos el cinturón en lo superfluo de las mismas».

6. Alcanzar pactos en políticas esenciales

«Hablaré con los partidos, sobre todo con el PSOE, para ver si podemos pactar los grandes temas de Estado».

7. Legislación común en materia educativa

«Planteo ser capaces de hacer una legislación básica porque no creo en diecisiete modelos educativos diferentes».

8. Políticas de fomento de emprendedores

Rajoy apuesta por impulsar líneas de apoyo a los emprendedores de cara a dinamizar la aletargada economía español.

9. Separación de poderes

Incondicional defensor de la separación de poderes, asegura Rajoy que trabajará por su superación e independencia.

10. Gobierno de ministros capaces

«Nombraré un Gobierno con las personas más competentes que encuentre».